

John Boswell y la investigación histórica de la homosexualidad

Mauricio List Reyes

Introducción

La intención del presente trabajo es hacer una revisión de una obra fundamental para la historia de la homosexualidad en occidente, y por lo tanto de la manera en que la iglesia católica fue valorando a lo largo de los siglos los comportamientos que hoy en día le parecen reprobables, a partir de una interpretación de las sagradas escrituras.

Boswell fue sin duda un importantísimo y prolífico historiador norteamericano, profesor de *Historia Medieval* en la Universidad de Yale, E.U. que produjo en sus escasos 47 años de vida, una obra de primer orden y que da luz a aspectos sumamente importantes para la comprensión de la iglesia paleocristiana y su desarrollo a lo largo de la Edad Media. Sus principales obras fueron: *The Royal Treasure, Christianity, Social Tolerance and Homosexuality* 1980, *The Kindness of Strangers* 1988, *The Three Religions of Medieval Spain* y *Same-Sex Unions in Premodern Europe* 1994. Referencia obligada para quienes se preocupan por estos temas, Boswell ha sido objeto de reconocimiento por parte de muchos investigadores destacando Michel Foucault como un entusiasta promotor de su obra.

En este trabajo me interesa señalar particularmente algunos puntos que trata Boswell en su libro *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*, y que nos permiten observar la importancia que para este estudio en particular, tuvo el análisis histórico del lenguaje y su uso en las sociedades pretéritas. En este sentido, desde un punto de vista antropológico, nos interesa plantear un problema básico: cómo acercarnos al estudio de una sociedad distinta a la nuestra, de la que tenemos escasa comprensión de su lenguaje y sus comportamientos culturales, sin que ello implique una imposición de nuestras propias maneras de entender sus prácticas socioculturales.

Nos interesa mostrar algunos aspectos de la obra de Boswell que sin duda son polémicos, pero que creemos que abren la posibilidad de problematizar la manera en que se ha ido construyendo la diversidad sexual en occidente, y con ello repensar los modelos hegemónicos que han pretendido naturalizar y normalizar la sexualidad a partir del modelo heterosexual-monógamo-reproductor.

Por supuesto nos encontraremos en un primer lugar con un aspecto que planteó Foucault en su momento, y que otros autores como Guasch han señalado, en el sentido de que sería imposible referirse a la homose-

xualidad previa al siglo XIX, ya que es precisamente en ese momento cuando el discurso medicalista occidental instituye la existencia de una sexualidad diferente, caracterizada por enfocar su interés sexual en personas del mismo sexo.

Guasch señala en este sentido que antes de ese momento por supuesto había prácticas sexuales entre personas del mismo sexo, sin embargo estas no constituían grupos clasificados de manera “científica”. Simplemente la gente ejercía su sexualidad de manera individual sin que esto tuviera que traducirse en un reconocimiento explícito y mucho menos conducir a la construcción de una identidad en términos sexuales.

«La heterosexualidad es un mito. Una invención. Una patraña. Es un producto histórico y social; el resultado de una época y unas condiciones sociales determinadas. Porque la heterosexualidad no es universal. Es algo nuestro, occidental, cristiano» (Guasch, 2000: 17)

Antes, dice Guasch, no existían las identidades sexuales, simplemente había gustos sexuales, todos distintos y en todo caso se reconocían pecados sexuales relacionados con ciertas prácticas. A partir de que práctica devino en identidad sexual se trastocó todo el campo de la sexualidad. Los hombres dejaron de tener “prácticas sodomíticas”, dejaron de cometer “el pecado nefando” para convertirse en “invertidos, en homosexuales”.

Sirvan pues estas líneas para hurgar en un pasado lleno de incógnitas por resolver.

La propuesta

Sin duda, las discusiones que se han suscitado a lo largo de la historia tratando de comprender el sentido de las sagradas escrituras, y particularmente de la Biblia, ha llevado a largas discusiones, en las cuales se ha pretendido interpretar su contenido, pero perdiendo el elemento contextual y el sentido último de los conceptos. Estas interpretaciones han partido en cada caso de las condiciones sociales, políticas, económicas y culturales que en cada época privaban y de ahí que a lo largo de dos milenios hayamos encontrado posturas tan diversas por parte de la iglesia católica.

Por ello Boswell en la introducción de su libro nos señala:

«En el caso particular que nos ocupa, la creencia en que la hostilidad de las Escrituras cristianas a la homosexualidad fue la causa de que la sociedad occidental se volviera contra ella no requiere una refutación demasiado elaborada. Los mismos libros que se piensa que condenan los actos homosexuales también condenan la hipocresía en los términos más enérgicos, y con mayor autoridad-, y sin embargo, la sociedad occidental no creó ningún tabú contra la hipocresía, no afirmó que los hipócritas fueran «antínaturales», no los segregó en una minoría oprimida, no aprobó leyes para castigar su pecado con la castración o la muerte. En realidad, ningún Estado cristiano aprobó leyes contra la hipocresía en sí misma, a pesar de la constante y explícita condenación que de ella hacen Jesús y la Iglesia. En la misma lista en que se excluía del reino de los cielos a los culpables de prácticas homosexuales se mencionaba también a los codiciosos. Sin embargo, ningún Estado medieval quemó codiciosos

en la hoguera. Es evidente que en los Estados tardomedievales que autorizaban a las prostitutas pero quemaban a los gays operaban ciertos factores ajenos al antecedente bíblico, pues para todos los criterios objetivos, el Nuevo Testamento condena mucho más crudamente la prostitución que la homosexualidad. Los Estados cristianos hicieron un uso enormemente selectivo de las restricciones bíblicas, y no cabe duda de que el problema decisivo reside en el contexto histórico que determina la selección» (Boswell, 1992: 30)

En este sentido, habría que revisar a detalle cuáles son las circunstancias históricas en las que se dan determinadas valoraciones de aspectos como el de la sexualidad. Por ello, vemos que los castigos que se aplicaron en diversos momentos a actos considerados contrarios a la ley cristiana tuvieron castigos que pudieron ir de la penitencia a la excomunión y de ahí a la pena de muerte, la cual aplicó la iglesia católica aún cuando podamos considerar que va en contra de la propia ley religiosa.

Así, con estas reflexiones entramos en la revisión del texto.

El primer capítulo de su libro lo denomina *Definiciones*, pues es en él donde hace un recuento de una serie de términos que utiliza a lo largo de su investigación, y que provienen de manera fundamental del griego y del latín, y cuya traducción considera problemática, en el sentido de que no se trata de hacer una traducción literal, sino de trasladar el sentido que los términos tuvieron en sus sociedades de origen. Por ello va realizando un recuento detallado de términos que más adelante ocupa, y que hacen de las lecturas seleccionadas, provenientes de diversas tradiciones culturales, y que van dando sentido al pensamiento de la época.

Considero como un buen principio que Boswell aclare un concepto fundamental en la reflexión sobre diversidad sexual y que él ocupa prolijamente en el texto: el término *gay*. Dos razones da para utilizarlo en este contexto. La primera es que su uso es mucho más antiguo que el de homosexual pues proviene del provenzal de los siglos XIII y XIV y de ahí derivó a otras lenguas en las cuales se utilizó como una forma de nombrar a las prácticas sexuales relajadas. Por otro lado dice “Esta terminología tiene más ventajas que la pura precisión semántica. La palabra «homosexual» sugiere implícitamente que la característica distintiva primaria de los gay es su sexualidad. No parece haber ninguna prueba de que los gays tengan una sexualidad más o menos marcada que los demás, y desde el punto de vista histórico tal sugerencia -incluso tácita-carece de fundamento. El término «gay» permite al lector extraer sus propias conclusiones acerca de la importancia relativa del amor, el afecto, la devoción, el romanticismo, el erotismo o la abierta sexualidad en la vida de las personas así llamadas. El interés y la expresión sexuales varían enormemente en la población humana, y el interés sexual de una persona puede ser débil sin que ello impida advertir su atracción por personas del mismo sexo y, por tanto, lo que en cierto sentido lo distingue de la mayoría” (Boswell, 1992: 68)

Para demostrar lo complejo que es la traducción de términos o expresiones que se encuentran en la Biblia, Boswell señala como ejemplo una frase de Jeremías, cuyo sentido en las múltiples traducciones llega a ser absolutamente divergente, pues mientras unos lo traducen como “Se

volvieron caballos locos por las hembras” en otra la misma frase se traduce como “Eran como caballos alimentados por la mañana” En dos ediciones mexicanas de la Biblia encontramos “Como caballos bien hartos fueron a la mañana, cada cual relinchaba a la mujer de su próximo” y en otra “Han llegado a ser como caballos padres desenfrenados y en estado de calor: con tanto ardor persigue cada cual la mujer de su próximo” Este problema que se observa en esta pequeña frase se encuentra en cada una de las partes que componen la Biblia, sin contar muchos otros documentos, cartas, diarios y demás escritos antiguos en los que sus diversos autores expresaron desde su lenguaje ideas difíciles de desentrañar después de varios siglos.

El texto de Boswell abarca desde la Roma imperial hasta la Alta Edad Media y en ese recorrido hurga en una gran cantidad de documentos, a partir de los cuales va desentrañando, no sólo los discursos y prescripciones que en cada época se desarrollaron, sino también los actos y tratamientos de que fueron objeto los individuos.

Un elemento que nos parece importante rescatar en el autor, es que plantea que para estudiar esta cuestión en la Roma antigua, sería un error de anacronismo distinguir antagónicamente el concepto de amor romántico con el de amistad, pues esta sociedad tenía poco definidos los límites entre ambos sentimientos. Sin embargo se da cuenta de que las relaciones entre personas del mismo sexo, desde la época platónica, eran asuntos de interés público y no solamente privado, pues en ello interviene el papel que cada sujeto mantenía dentro del orden social de la época.

Ahora bien, su estudio en Roma nos permite ver a través de los ojos del autor, que ésta no se asociaba con el afeminamiento y por lo tanto no era objeto de animadversión. Más bien es a partir de que un sujeto asumía un papel inadecuado que se le estigmatizaba y dice «probablemente, la pasividad de los *cinaedi*, por ejemplo, que inspiraban la hostilidad, sino más bien su promiscuidad y su libertinaje, que se tomaban como signo de debilidad moral. Muchos eran evidentemente heterosexuales»

Hasta épocas muy recientes es que esta interpretación se hace a partir de asimilar dos conceptos que tendrían que estar claramente diferenciados: sexualidad y género. Es a partir de que las sociedades asimilan el elemento de la sexualidad al papel que cumplen los sujetos en la sociedad que se plantea esta cuestión. De alguna manera, en la época antigua se consideraba indigno de un ciudadano asumir una actitud pasiva y receptiva en la sexualidad, papel que se le daba a la mujer en primer término y a todo aquel que no contara con dicho estatus. En este sentido, la asimilación de pasivo-receptivo en la sexualidad se le concede a la mujer y de ahí que el varón que así actúa se le da el papel femenino.

Vemos entonces que se entrecruzan aspectos que en realidad son de dos ordenes diferentes y que permiten establecer por un lado el ejercicio correcto de la sexualidad sino además la forma de conservar el prestigio masculino heterosexual.

Aquí es importante sin embargo matizar algunos aspectos: por un lado cambia la manera de percibir la relación sexual en donde en un caso se manifiesta a favor del encuentro entre varones siempre que se conserven los roles impuestos socialmente a la masculinidad, y en el otro caso

deja de ser permisivo el encuentro entre varones por haberse excluido todo elemento que no configure el encuentro heterosexual.

El autor se da cuenta de que la idea de condenar la homosexualidad se da aproximadamente en el siglo III de nuestra era, cuando se crean leyes que regulan entre otras, las relaciones homosexuales. Así, él señala que en la época del Imperio, las uniones entre personas del mismo sexo, de las clases altas, eran comunes.

Ahora bien ¿por qué se dice que las sagradas escrituras hablan en contra de estas prácticas? Boswell retoma el pasaje de la destrucción de Sodoma y Gomorra y señala que el problema en este, es que se ha hecho una traducción errónea de los términos, y que el castigo que se impuso a estas ciudades, fue por su falta de hospitalidad hacia los visitantes, y no por haber tratado de abusar de ellos, y señala:

“Para decirlo brevemente, la tesis de esta línea de investigación sostiene que Lot violaba la costumbre de Sodoma (donde no fue ciudadano sino meramente «residente»), al recibir por la noche a huéspedes desconocidos en el recinto amurallado de la ciudad sin el permiso de los ancianos de ésta. Cuando los hombres de Sodoma se reunieron para pedir que se llevara a los forasteros a su presencia, pues «ellos querían *conocerlos*», no querían decir otra cosa que «saber» quienes eran, y en consecuencia, la ciudad no fue destruida por inmoralidad sexual, sino por el pecado de falta de hospitalidad con los forasteros” (Boswell, 1992:118)

Boswell acude a otras partes de la Biblia para tratar de mostrar cómo es que una traducción inadecuada puede llevar a interpretaciones erróneas. Así retoma del Levítico en el Antiguo Testamento cuando señala:

“No te acostarás con hombres, como con mujer, porque es una abominación.”

De ahí el autor señala: la palabra hebrea *toevah* que se traduce como abominación no significa algo intrínsecamente malo, como podría ser la violación o el robo, sino algo ritualmente impuro para los judíos como comer carne de cerdo o realizar el coito durante el periodo mensual, ambas cosas prohibidas en los mismos capítulos.

Por otra parte, en el Antiguo Testamento se encuentran algunas parejas del mismo sexo con intensas relaciones de amor como Saúl y David, David y Jonatán, Ruth y Noemí, y que durante la edad media se celebraron como relaciones de devoción extraordinaria en la literatura eclesiástica.

“El propio san Agustín, cuando se refiere a esta tradición, expresa el amor que sintió por un amigo de juventud, cuya muerte lo dejó tan desolado que se dirigió a Dios, presa de una pena insoportable: «Sentía yo que mi alma y la suya eran una sola alma en dos cuerpos, y, en consecuencia, la vida era un horror para mí, ya que no quería vivir como una mitad; y, sin embargo, también tuve miedo de morir y que de esa manera él, a quien tanto había amado, muriera por completo» (Confesiones, 4,6) A diferencia de muchos de sus contemporáneos cristianos, Agustín lamentaba amargamente el aspecto sexual de tales pasiones.” (Boswell, 1992: 163)

En la Alta Edad Media se empiezan a transformar muchas de las costumbres existentes hasta ese momento producto de la declinación urbana,

lo que llevó también a un hostigamiento y persecución de muchas minorías, que hasta ese momento habían podido actuar sin demasiados problemas. Como dice el propio Boswell “las mayorías crean las minorías en un sentido muy real, esto es, mediante la decisión de clasificarlas”

Así a lo largo de su libro, Boswell apoyado en una serie de documentos en múltiples archivos y bibliotecas en Munich, Leipzig, Cambridge, Paris, Oxford y Barcelona entre otros muchos, le permitieron después de más de una década de investigación mencionar algunos aspectos problemáticos que él detecta en la investigación histórica.

Esta obra, en la que de manera detallada y concienzuda va analizando los discursos producidos a lo largo de varios siglos es sin embargo apenas una mirada panorámica de la situación por la que atravesaron este tipo de relaciones en occidente. Muchos años después de concluido este estudio, publica otro volumen en el que de manera igualmente detallada va analizando e interpretando algunas ceremonias que la iglesia paleocristiana celebraba, con el fin de ir desentrañando cuál era en esa época el sentido que se le daba a las uniones entre personas del mismo sexo. Así, ambos textos, independientes pero complementarios, ayudan a explorar un momento fundamental para la historia de occidente.

Conclusión

Como bien señala Boswell la discusión que él abre, sin duda de manera polémica, requiere una mayor profundización por lo que concluye:

“En términos generales, la sociedad romana, por lo menos en sus centros urbanos, no distinguía entre gays y no gays y consideraba el interés y la práctica homosexuales como un aspecto ordinario del abanico del erotismo humano. La primitiva Iglesia cristiana no parece haberse opuesto a la conducta homosexual por sí misma. En la literatura cristiana más influyente, era tema de discusión; ningún autor destacado de esa época consideró -antinatural- la atracción homosexual, y quienes objetaban la expresión física de los sentimientos homosexuales lo hacían en general sobre la base de consideraciones que no guardaban ninguna relación con las enseñanzas de Jesús ni de sus primeros seguidores. La hostilidad para con los gays y su sexualidad se hizo visible en Occidente durante el período de disolución del Estado romano -es decir, entre los siglos iii y vi-, debido a factores que no se pueden analizar satisfactoriamente, pero que es probable que abarcaran la desaparición de las subculturas urbanas, la intensificación de la regulación gubernamental de la moral personal y la presión pública a favor del ascetismo en todas las cuestiones sexuales. Ni la sociedad cristiana, ni la teología cristiana en su conjunto expresaban o daban su apoyo a ninguna forma particular de hostilidad a la homosexualidad, pero tanto la una como la otra reflejaron y finalmente mantuvieron las posiciones que adoptaron ciertos gobernantes y teólogos y que podían utilizarse para descalificar los actos homosexuales.

En consecuencia, durante la temprana Edad Media, los gays pasaron prácticamente inadvertidos. Las manifestaciones de una subcultura distintiva brillan casi por su ausencia en este período, aunque subsisten muchas expresiones individuales de amor homosexual, sobre todo entre

clérigos. Para la teología moral del siglo XII, la homosexualidad, en el peor de los casos, era comparable a la fornicación heterosexual, pero más a menudo se mantenía silencio al respecto. Las disposiciones legales eran todavía muy raras y de dudosa eficacia.

El renacimiento de las economías urbanas y de la vida de ciudad, notables hacia el siglo XI, se vio acompañado de la reaparición de la literatura gay y de otras señales de una considerable minoría gay. Los gays eran prominentes, influyentes y respetados en muchos niveles en la mayor parte de la sociedad europea, tanto religiosa como secular. Las pasiones homosexuales se convirtieron en tema de discusión pública y se celebraban tanto en contextos espirituales como carnales. Muy raramente se manifestaba oposición a la sexualidad gay, y cuando ello ocurría, era más bien como afirmación de una preferencia estética que como censura moral; y de esto no quedaban exceptuados los líderes religiosos ni los civiles.

Sin embargo, aproximadamente en la segunda mitad del siglo XII comenzó a aparecer en la literatura popular una virulenta hostilidad, que luego se extendió a la teología y a los escritos jurídicos. Las causas de este cambio no pueden explicarse adecuadamente, pero es probable que tuvieran una estrecha relación con la intensificación general de la intolerancia respecto de los grupos minoritarios, evidente tanto en las instituciones eclesiásticas como en las seculares a lo largo de los siglos xiii y xiv. Las cruzadas contra los no cristianos y los herejes, la expulsión de los judíos de muchas regiones de Europa, el auge de la Inquisición y los esfuerzos para eliminar la hechicería y la brujería, todo ello da testimonio del incremento de la intolerancia para con lo que se apartaba de los patrones de la mayoría y que se instaló por primera vez con fuerza de ley en los Estados corporativos de reciente formación en la Alta Edad Media. Esta intolerancia se reflejaba y a la vez se perpetuaba en las compilaciones teológicas, morales y jurídicas de la Edad Media tardía, muchas de las cuales siguieron ejerciendo durante siglos su influencia en la sociedad europea.

Fuera de estas modestas conclusiones y de los hechos que le sirven de apoyo, poco es lo que se puede afirmar con seguridad. Tan inexplorado está la topografía social de la Europa medieval, que para quien escribe sobre este tema es imposible alentar la esperanza de no conducir a sus lectores a muchos senderos falsos y, ocasionalmente, llegar a un punto muerto. Pero puede sentirse reconfortado en la creencia de que, por lo menos, ha puesto mojones allí donde antes no había nada y de que ha abierto huellas por las cuales otros superarán con abundancia sus más osados avances" (Boswell, 1992: 353)

Evidentemente, resulta muy elocuente Boswell al establecer los alcances de su investigación, de la cual este es el primer libro. Posteriormente escribiría otra gran obra en la cual analiza las alianzas que en la época paleocristiana se establecían entre personas del mismo sexo y que fueron bendecidas ante los altares.

B I B L I O G R A F Í A

- Boswell, John. *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad. Los gays en Europa occidental desde el comienzo de la Edad Cristiana hasta el siglo XIV*, Muchnik, Barcelona, 1992.
- Boswell, John. *Las bodas de la semejanza. Uniones entre personas del mismo sexo en la Europa premoderna*, Muchnik, Barcelona, 1996.
- Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad Vol. 1 La voluntad del saber*, Siglo XXI, México, 1991.
- Guasch, Oscar. *La crisis de la heterosexualidad*, Leartes, Barcelona, 2000.